

## *El Proyecto*

En las sombrías instalaciones de una olvidada facultad universitaria, el nombre de la institución yacía sepultado entre los escombros de su propia historia. El recinto estaba saturado de herramientas impregnadas de odio y un aura extraña, casi nauseabunda. Sin embargo, existía una razón detrás de todo esto. Estas herramientas simplemente tuvieron la mala fortuna de existir en un entorno que no les permitía mostrarse como eran en realidad.

Tristemente, las destinaban a realizar tareas para las cuales no estaban diseñadas, causándoles daño en el proceso y alejándolas gradualmente de su verdadera esencia. Esto generaba entre ellas la creencia de que no tenían valor o que jamás podrían desempeñar un buen trabajo, alimentando así sentimientos de remordimiento, odio, tristeza, miseria e incluso un fuerte pensamiento en algunas de ellas que les decía un constante y desalentador “no sirves para nada”. Esta situación acabó provocando un daño dentro de aquellas pobres herramientas, que inmersas en un ambiente que no las reconocía por lo que realmente eran, no tenían más opción que adaptarse para sobrevivir en aquel entorno lúgubre en el que poco a poco tuvieron que renunciar a lo que alguna vez les dio cierta felicidad.

Sin mucha razón de ser, cada herramienta vagaba en busca de su propósito, tratando de destacar sobre las demás; siendo la más útil, la más bonita e incluso la más costosa, sin importar nada más que llenar el sentimiento de ese vacío que provocaba en ellas el no saber lo que realmente son. Este afán las llevaba a romper, sabotear e incluso eliminar a otras herramientas, todo con el fin de disminuir la competencia. Con el tiempo, el entorno en el que vivían se acabó volviendo más y más hostil, hasta que llegó a tal punto donde toda esta situación se normalizó; eliminando cualquier rastro de moralidad entre lo que estaba correcto y lo que no. Nadie imaginaria que algún día podría surgir alguien dispuesto a desafiar ese sistema corrupto.

...

Cierto día, mientras cada herramienta dentro de la facultad rivalizaba entre sí, como ya era costumbre vislumbrar en todos lados, ingresó por las puertas lo que posiblemente sería la única esperanza de redimirse en medio de aquel caos. Una persona, de la cual solo se recordaba que tenía un gran corazón. Quizás fue

terquedad, o tal vez solo esperanza, pero lo cierto es que, a pesar de lo lúgubre y oscuro del entorno, siempre existe alguien que se niega a rendirse, alguien que rechaza formar parte de esa estructura llena de narcisismo, soberbia y maldad.

El hombre, conocido como el maestro constructor, ingresó a las instalaciones con la intención de restaurar el orden en medio de aquel caos. Sin embargo, al poco tiempo de su llegada, lo único que podía percibir era el ambiente estresante provocado por la maldad reinante en el lugar. Cualquiera al ver esto habría pensado en rendirse o incluso acabaría influenciado por este entorno al cual fue expuesto, pero este no era el caso de esta persona. El maestro constructor solo veía una oportunidad para el progreso, la paz y el orden. Así que, sin más preámbulos, se lanzó a la escena, con la única herramienta que necesitaba, una que era tan brillante como el mismo sol y tan valiosa o incluso más que cualquier diamante. Se lanzó con nada más que esperanza, la esperanza que él mismo había depositado en sus manos.

El maestro constructor, hábil como solo él podía serlo, se dio cuenta de que el caos y la discordia no eran culpa de las herramientas; estas fueron creadas con el único y noble propósito de ayudar. Algo que jamás se les había enseñado de manera adecuada a aquellas que con tanto esmero se dedicaban a causar daño sin sentido con la única razón de sobresalir del resto. Nunca se les había enseñado a utilizar su verdadero potencial ni se les había brindado realmente una oportunidad.

El maestro, triste al comprender tal situación, se propuso cambiar eso. Quería que todas las herramientas supieran que eran especiales, únicas y necesarias, que todas pudieran convivir y aportar como solo ellas podían hacerlo, que, aunque no destacaran en todo tenían muchos puntos fuertes y al complementarse las unas con las otras, podrían cubrir sus debilidades y hacer cosas maravillosas juntas.

...

Pasó algún tiempo; primero fueron días, luego esos días se convirtieron en semanas, las semanas en meses y esos meses se convirtieron en años, todo para que pudiera planificar un proyecto en el cual cada herramienta pudiera participar, dejando ver el brillo que estaba oculto en cada una de ellas. Aunque con el mismo paso del tiempo, mientras él terminaba de planificar tal colosal tarea, se dedicó a revisar cada una de las herramientas que se encontraba, les daba el mantenimiento adecuado, el mantenimiento que solo un maestro podría hacer con esa delicadeza y precisión; las reparó, las pulió y las cuidó hasta que llegara el día de enseñarles

aquel proyecto, aquel propósito donde finalmente entenderían todo, por qué nunca encajaron, el porqué de su infortunio.

El maestro constructor, con una sonrisa tan radiante como el sol y una sinceridad tan grande como una montaña, reunió a todas y cada una de las herramientas que había dejado relucientes, liberándolas de aquel hedor, de aquellos sentimientos de tristeza, de odio, de rencor, reduciendo la agonía que tenían por existir y no sentirse suficientes; así, una vez aquel maestro les contó lo que había planeado para enseñarles el significado de sus vidas y mostrarles el propósito por el cual fueron creadas, animó a todas las herramientas a trabajar en conjunto. Igual que en una gran utopía, nadie era mejor que otro; simplemente eran seres que tenían fortalezas y debilidades, pero trabajando juntos podían llenar esos huecos, podían complementarse, podían funcionar mejor uniéndose en lugar de destruirse unos a otros por mero egoísmo, narcisismo y soberbia.

...

Con el tiempo, lograron completar aquel proyecto, aquella obra maestra que incluso podría considerarse una obra de arte, una obra de arte en la cual se unieron todas y cada una de las herramientas, sacando a relucir todas sus cualidades que las hacían únicas, todas sus cualidades que las hacían brillar únicamente por ser como eran. Aunque con el mismo paso del tiempo, el maestro constructor se fue haciendo viejo, las canas se podían observar en su cabellera, la fuerza que tenía se fue haciendo cada vez menor, pero sentía dentro de su corazón una sensación indescriptible; se sentía pleno y satisfecho, pues había logrado que las mismas herramientas fueran conscientes de lo importante que son y con ello pudo dejarles un nuevo motivo para que pudieran seguir avanzando y mejorando. Este motivo era por ellas mismas, ya que siendo ellas mismas podrían brillar sin necesidad de tratar de ser algo que no son, sin buscar opacar a las demás; y así ellas mismas podrían dejar esa misma enseñanza a las futuras generaciones, con la esperanza de que algún día pudieran crear un mundo mejor.

Participantes:

-Elizalde Ramirez Marco Antonio

2183000902

-Pérez Jardón Armando Misael

2182000033

-Morga Castillo Pamela Anyelee

2193002721